

cuarto de su hermano; ya no me necesita; yo me quedaré sola y llorando porque no me quiere más.

Se cubrió los ojos con una mano, para hacerle creer que lloraba; Juan esperó un instante: mas como ella persistió en fingirle llanto, se escurrió poco a poco de mis rodillas y se le acercó tratando de descubrirle el rostro. Encontrando los labios de María sonrientes y amorosos los ojos, rió también, y abrazándosele a la cintura, recostó la cabeza en su regazo, diciéndola:

—Te quiero como a los ojitos, te quiero como al corazón. Ya no estoy enfadado. Esta noche voy a rezar el bendito muy formal para que me hagan otros calzones.

—Muéstrame los calzones que llevas—le interrumpí.

Juan se subió al sofá, entre María y yo, para hacerme admirar sus primeros calzones.

—¡Qué lindos!—exclamé abrazándolo.—Si me quieres mucho y eres formal, conseguiré que te hagan muchos y te compraré silla, zamarras, escuelas...

—Y un caballo negro—me interrumpió.

—Sí.

Abrazóme, dándome un prolongado beso, y asido al cuello de María, quien volvía el rostro para esquivarle los labios, la obligó a recibir idéntico agasajo. Se arrodilló donde había estado en pie: con las manos juntas rezó devotamente el bendito y se reclinó sofioliento sobre la falda que ella le brindaba. Noté que la mano izquierda de María jugaba con algo sobre la cabellera del niño, al paso que una sonrisa maliciosa le asomaba a sus labios. Con una rápida mirada me mostró entre los cabellos de Juan el bucle de los que me tenía prometidos, y ya me apresuraba yo a tomarlos, cuando ella, reteniéndolos, me dijo:

—¿Y para mí?... Tal vez sea malo exigírtelo.

—¿Los míos?—le pregunté.

Significóme que sí, agregando:

—¿No estarán bien en el mismo guardapelo en que tengo los de mi madre?

XXXII

A la mañana siguiente tuve que hacer un esfuerzo para que mi padre no comprendiese lo penoso que me era acompañarle en su visita a las haciendas de abajo. Él, como lo hacía siempre que iba a emprender viaje, por corto que fuese, intervenía en el arreglo de todo, aunque no era necesario, y repetí sus órdenes más que de costumbre.

Como era preciso llevar algunas provisiones delicadas para la semana que íbamos a permanecer fuera de la casa, provisiones a las cuales era mi padre muy aficionado, riendo él al ver las que acomodaban Emma y María en el comedor y dentro de los «cuchugos» (1) que Juan Angel debía llevar al arzón, dijo:

—¡Válgame Dios, hijas! ¿Todo eso cabrá ahí?

—Sí, señor—respondió María.

—Pero si con esto bastará para un obispo: ¡Ajá! Eres tú la más empeñada en que no lo pasemos mal.

María, que estaba de rodillas acomodando, y le daba la espalda a mi padre, se volvió para decirle tímidamente, a tiempo que yo llegaba:

—Pues como van a estarse tantos días...

—No muchos, niña—replicó riendo.—Por mí no lo digo: todo te lo agradezco; pero este muchacho se pone tan desganado allá... Mira—agregó dirigiéndose a mí.

—¿Qué?

—Pues todo lo que ponen. Con tal avío, hasta puede suceder que me resuelva a estarme quince días.

—Pero si es mamá quien lo ha mandado—observó María.

—No hagas caso, judía—así solía llamarla algu-

(1) Cajas de cuero y madera que suelen llevarse en el arzón de la silla.

nas veces cuando se chanceaba con ella,—todo está bueno; pero no veo aquí tinto del último que vino, y allá no hay; es necesario llevar.

—¡Si ya no cabe!—le respondió María sonriendo.—Ya veremos.

Y fué personalmente a la bodega por el vino que indicaba; y al regresar con Juan Angel, re- cargado además con unos botes de salmón, re- pitió:

—Ahora veremos.

—¿Eso también?—exclamó ella, viendo las la- tas.

Como mi padre trataba de sacar del cuchuga una caja ya acomodada, María, alarmándose, ob- servó:

—Es que esto no puede quedarse.

—¿Por qué, hija mía?

—Porque son las pastas que más le gustan y, porque las he hecho yo.

—¿Y también son para mí?—le preguntó mi pa- dre por lo bajo.

—Pues, ¿no están ya acomodadas?

—Digo que...

—Ahora vuelvo—interrumpió ella, poniéndose en pie,—aquí faltan unos pañuelos.

Y desapareció, para regresar un momento des- pués. Mi padre, que era tenaz cuando bromeaba, la dijo nuevamente en el mismo tono que antes, in- clinándose a colocar algo cerca de ella:

—Allá cambiaremos pastas por vino.

Ella apenas se atrevía a mirarle; y notando que el almuerzo estaba servido, dijo levantándose:

—Ya está la mesa puesta, señor.

Y dirigiéndose a Emma:

—Dejemos a Estéfana lo que falta: ella lo hará bien.

Dirigiéndome yo al comedor, María salía de los aposentos de mi madre y la detuve allí.

—Corta ahora—la dije,—el pelo que quieras.

—¡Ay! no, yo no.

—Dí de dónde, pues.

—De donde no se

Y me entregó unas tijeras. Había abierto el guar- dapelo que llevaba suspendido al cuello. Presen- tándome la cajilla vacía, me dijo:

—Ponlo aquí.

—¿Y el de tu madre?

—Voy a colocarlo encima para que no se vea el tuyo.

Hízolo así, diciéndome:

—Me parece que hoy te vas contento.

—No, no; es por no disgustar a mi padre; es- tán justo que yo le manifieste deseo de ayudarle en sus trabajos y que le ayude...

—Cierto; así debe ser, y yo procuraré también manifestar que no estoy triste para que mamá y Emma no se resientan conmigo.

—Piensa mucho en mí—la dije, besando el pelo de su madre y la mano con que lo colocaba.

—¡Ah, mucho, mucho!—respondió, mirándome con aquella ternura e inocencia que tan bien sa- bían hermanarse en sus ojos.

Nos separamos para llegar al comedor por di- ferentes entradas.

XXXIII

Los soles de siete días se habían apagado sobre nosotros, y altas horas de sus noches nos habían sorprendido trabajando. En la última, recostado mi padre en un catre, dictaba, y yo escribía.

Dió las diez el reloj del salón; le repetí la pala- bra final de la frase que acababa de escribir; él no dictó más; volvíme entonces, creyendo que no me había oído, y estaba dormido profunda- mente. Era un hombre infatigable; mas aquella vez el trabajo había sido excesivo. Disminuí la luz del cuarto, entorné ventanas y puertas, y es- peré a que despertase, paseándome en el espa- cioso corredor, a la extremidad del cual se ha- llaba el escritorio. Estaba la noche serena y si- lenciosa; la bóveda del cielo, azul y trasparen-

te, lucía toda la brillantez de su ropaje nocturno de verano; en los follajes negros de las hileras de ceibas que partiendo de los lados del edificio cerraban el patio, en los ramos de los naranjos que demoraban en el fondo, revoloteaban candelillas sin número, y sólo se percibía de vez en cuando el crujido de los ramajes relajados, el aleteo de alguna ave asustada o suspiros del viento.

El blanco pórtico que a setenta varas de la casa daba entrada al patio, se destacaba en la obscuridad de la llanura, proyectando sus almenas sobre la masa informe de las cordilleras lejanas, cuyas crestas delineaban a ratos fulgores de las tormentas del Pacífico. María, me decía yo, atento a los quedos susurros de aquella naturaleza en su sueño, pronto estaré de nuevo a tu lado... ¡Pero después! Ese «después» era terrible; era mi viaje. Parecióme oír el galope de un caballo que atravesaba la llanura; supuse que sería un criado que habíamos enviado a la ciudad hacía cuatro días, y al cual esperábamos con impaciencia, porque debía traer una correspondencia importante. A poco se acercó a la casa.

—¿Camilo?—pregunté.

—Sí, mi amo—respondió entregándome un paquete de cartas, después de alabar a Dios.

El ruido de las espuelas del paje despertó a mi padre.

—¿Qué es eso, hombre?—interrogó al recién llegado.

—Me despacharon a las doce, mi amo, y como el derrame del Cauca llegaba al Guayabo, tuve que entretenerme mucho en el paso.

—Bien; dí a Feliciano que te haga servir de comer, y cuida bien ese caballo.

—Había revisado mi padre las firmas de algunas cartas de que contenía el paquete; y encontrando por fin la que deseaba, me dijo:

—Empieza por ésta.

Leí en alta voz algunas líneas, y al llegar a cierto punto me detuve involuntariamente. Tomó él la carta, y con los labios contraídos, mientras de-

voraba el contenido con los ojos, concluyó la lectura y arrojó el papel sobre la mesa, diciendo:

—¡Ese hombre me ha muerto! Lee esa carta: al cabo sucedió lo que tu madre temía.

Recogí la carta para convencerme de que era cierto lo que yo me suponía.

—Léela alto—añadió mi padre, paseándose por la habitación y enjugándose el sudor que le humedecía la frente contraída.

—Eso no tiene ya remedio—dijo apenas concluí. —¡Qué suma y en qué circunstancias!... Yo soy el único culpable.

Le interrumpí para manifestarle el medio de que creía podíamos valernos para hacer menos grave la pérdida.

—Es verdad—observó, oyéndome ya con alguna calma.—Se hará así. Pero, ¡quién lo hubiera temido! Moriré sin haber aprendido a desconfiar de los hombres.

Y decía la verdad. Ya muchas veces en su vida comercial había recibido iguales lecciones. Una noche, estando él en la ciudad sin la familia, se presentó en su cuarto un dependiente suyo a quien había mandado a los Chocoes a cambiar una considerable cantidad de efectos por oro, que urgía enviar a los acreedores extranjeros. El agente le dijo:

—Vengo a que me dé usted con qué pagar el flete de una mula, y un balazo: he jugado y perdido todo cuanto usted me entregó.

—¿Todo, todo se ha perdido?—preguntóle mi padre.

—Sí, señor.

—Tome usted de esa gaveta el dinero que necesita.

Y llamando a uno de sus pajes, añadió:

—El señor acaba de llegar; avisa adentro para que se le sirva.

Pero aquellos eran otros tiempos. Golpes de fortuna hay que se reciben en la juventud sin pronunciar una queja, entonces se confía en el porvenir. Los que se reciben en la vejez parecen ases-

faños por un enemigo cobarde; ya es poco el trecho que falta para llegar al sepulcro... Y cuán raros son los amigos del que muere que saben serlo de su viuda y de sus hijos. ¡Cuántos los que espían el aliento postrero de aquel cuya mano helada ya están estrechando, para convertirse luego en verdugos de los huérfanos!... Tres horas se habían pasado desde que tuvo lugar la escena que acabo de describir, conforme me la ha permitido el recuerdo de aquella noche fatal, a la que tantas otras habían de parecerse años después. Mi padre, a tiempo de acostarnos, me dijo desde su lecho, distante pocos pasos del mío:

—Es preciso ocultar a tu madre cuanto sea posible lo que ha sucedido; y será necesario también demorar un día más nuestro regreso.

Aunque siempre le había oído decir que un sueño tranquilo le servía de alivio en todos los infortunios de la vida, cuando a poco de haberme hablado me convencí ya de que dormía, ví en su reposo tal denodada resignación, había tal valor en su calma, que no pude menos de permanecer por mucho espacio contemplándole. No había amanecido aún, y tuve que salir en busca de aire más puro para calmar la especie de fiebre que me había atormentado durante el insomnio de la noche. Solamente el canto del titiribi y los de las guacharacas de los bosques vecinos anunciaban la aurora, la naturaleza parecía des-perezarse al despertar de su sueño. A la primera luz del día empezaron a revolotear en los plátanos y sotos los azulejos; parejas de palomas emprendían viaje a los campos vecinos; la greguería de las bandadas de loros remedaba el ruido de una quebrada bulliciosa; y de las copas florecientes de los pisamos del cacaotal, se levantaban las garzas con leve y lento vuelo. Ya no volveré a admirar aquellos cantos, a respirar aquellos aromas, a contemplar aquellos paisajes llenos de luz, como en los días alegres de mi infancia y en los hermosos de mi adolescencia: ¡extraños habitan hoy la casa de mis padres! Apa-

gabase la tarde al día siguiente, cuando mi padre y yo subíamos la verde y tendida falda para llegar a la casa de la sierra. Las yeguas que pasaban en la vereda y sus orillas, nos daban paso resoplando asustadas, y los peñales se levantaban de las márgenes de los torrentes para amenazarnos con su canto y sus revuelos. Divisábamos ya de cerca el corredor occidental, donde estaba la familia esperándonos; y allí volvió mi padre a encargarme ocultara la causa de nuestra demora y procurase aparecer sereno.

XXXIV

No todas las personas que nos aguardaban debían de estar en el comedor; no descubrí entre ellas a María. Algunas cuadras antes de llegar a la puerta del patio, a nuestra izquierda y sobre una de las grandes piedras desde donde se dominaba mejor el valle, estaba en pie María, y Emma la animaba para que bajase. Nos acercamos. La cabellera de María, suelta en largos y lucientes rizos, negreaba sobre la muselina de su traje color verde mortuño: sentóse para evitar que el viento le agitase la falda, diciendo a mi hermana, que reía de su afán:

—¿No ves que no puedo?

—Niña—la dijo mi padre, entre sorprendido y risueño,—¿cómo has logrado subirte ahí?

Ella, avergonzada de la travesura, acababa de corresponder a nuestro saludo, y contestó:

—Como estábamos solas...

—Es decir—la interrumpió mi padre,—que debemos irnos para que puedas bajar. ¿Y cómo lo hizo Emma?

—¡Qué gracia! Si yo la ayudé.

—Era que yo no tenía miedo.

—Vámonos, pues—concluyó mi padre dirigiéndose a mí;—pero, cuidado.

Bien sabía él que yo me quedaría. María acababa

de decirme con los ojos: «no te vayas». Mi padre volvió a montar y se dirigió a la casa: mi caballo siguió poco a poco el mismo camino.

—Por aquí fué por donde subimos—me dijo María, mostrándome ciertas grietas y hoyuelos en la roca.

Al acabar yo mi maniobra de ascenso, me tendió la mano, demasiado trémula para ayudarme, pero muy deseada para que no me apresurase a estrecharla entre las mías. Sentado ya a sus pies, díjome:

—¿No ves qué trabajo? ¿Qué habrá dicho papá? Creerá que estamos locas.

Yo la miraba sin contestarle: la luz de sus ojos, cobardes ante los míos, y la suave palidez de sus mejillas, me decían que en tales momentos era ella tan feliz como yo.

—Me voy sola—repitió Emma, a quien habíamos oído mal su primera amenaza.

Y se alejó algunos pasos para hacernos creer que iba a cumplirla.

—No, no; esperáanos un instante no más—la suplicó María poniéndose en pie.

Viendo que yo no me movía, me dijo:

—¿Qué es?

—Es que aquí estamos bien.

—Sí; pero Emma quiere irse y mamá estará esperándote; ayúdame a bajar, que ahora no tengo miedo. A ver, tu pañuelo.

Lo retorció, agregando:

—Lo tienes de esta punta, y cuando ya no me alcances a dar la mano, me cojo de él.

Persuadida de que podía arriesgarse a bajar sin ser vista, lo hizo como lo había proyectado, diciéndome ya al pie del peñasco:

—¿Y tú ahora?

Buscando la parte más alta de la piedra, salté al gramal y la ofrecí el brazo para que nos dirigiésemos a la casa.

—Si no hubiera llegado, ¿cómo habrías hecho para bajar, loquita?

—Pues habría bajado sola; iba a bajar cuando

llegaste; pero temí caermé, porque hacía mucho viento. Ayer también subimos ahí, y yo bajé bien. ¿Por qué se han retrasado tanto?

—Por dejar concluídos algunos negocios que no podían arreglarse desde aquí. ¿Qué has hecho estos días?

—Desear que pasaran.

—¿Nada más?

—Cosér y pensar mucho.

—¿En qué?

—En muchas cosas que se piensan y no se dicen.

—¿Ni a mí?

—A ti menos.

—Está bien.

—Porque tú las sabes.

—¿No has leído?

—No, porque me da frísteza leer sola, y ya no me gustan los cuentos de las «Veladas de la Quinta», ni las «Tardes de la Granja». Iba a volver a leer la «Atala», pero como has dicho que tiene un pasaje no sé cómo..

Y dirigiéndose a mi hermana, que nos precedía algunos pasos:

—Oye, Emma, ¿qué afán de ir tan aprisa?

Emma se detuvo, sonrió y siguió andando.

—¿Qué estabas haciendo anteanoche a las diez?

—¿Anteanoche? ¡Ah! — repuso deteniéndose, — por qué me preguntas eso?

—A esa hora estaba yo muy triste pensando en esas cosas que se piensan y no se dicen.

—No, no; tú sí.

—¿Sí qué?

—Sí puedes decirías.

—Cuéntame lo que tú hacías y te las diré.

—Me dá miedo.

—¿Miedo?

—Tal vez es una bobería. Estaba sentada con mamá en el corredor de ese lado, haciéndola compañía porque me dijo que no tenía sueño; oímos como si sonasen las hojas de la ventana de tu cuarto, y temerosa yo de que la hubiesen dejado abierta, tomé una luz del salón para ir a ver

qué había... ¡Qué tontería! vuelve a darme miedo cuando me acuerdo de lo que sucedió.

—Acaba, pues.

—Abrimos la puerta y vimos posada sobre una de las hojas de la ventana, que agitaba el viento, una ave negra del tamaño de una paloma muy grande; dió un chillido, que yo no había oído nunca; pareció encandilarse un momento con la luz que yo tenía en la mano, y la apagó pasando sobre nuestras cabezas a tiempo que íbamos a huir espantadas. Esa noche soñé... Pero, ¿por qué te has quedado así?

—¿Cómo?—la respondí, disimulando la impresión que aquel relato me causaba.

Lo que ella me contaba había pasado a la hora misma en que mi padre y yo leíamos aquella carta malhadada, y el ave negra era la misma que me había azotado las sienes durante la tempestad de la noche en que a María le repitió el acceso; la misma que, sobrecoigido, había oído zumbar ya algunas veces sobre mi cabeza al esconderse el sol.

—¿Cómo?—me replicó María.—¿He hecho mal en referirte esto?

—¡Y te figuras tal!

—Si no es que me lo figuro.

—¿Qué soñaste?

—No debo decirte lo.

—¿Ni más tarde?

—¡Ay! Tal vez nunca.

Emma abrió la puerta del patio.

—Espéranos—le dijo María,—oye, que ahora sí es de veras.

Nos reunimos a ella, y las dos anduvieron asidas de las manos lo que nos faltaba para llegar al corredor. Sentíame dominado por un pavor indefinible: tenía miedo de algo, aunque no me era posible adivinar de qué; pero cumpliendo la advertencia de mi padre, traté de dominarme, y estuve lo más tranquilo que me fué dable hasta que me retiré a mi cuarto con el pretexto de cambiar mi traje de camino.

XXXV

Al día siguiente, 12 de diciembre, debía verificarse el matrimonio de Tránsito. Después de nuestra llegada, se mandó a decir a José que estaríamos entre siete y ocho en la parroquia.

Habíase resuelto que mi madre, María, Felipe y yo seríamos los del paseo, porque mi hermana debía quedarse arreglando no sé qué regalos que debían enviarse muy de mañana a la montañita para que los encontrasen allí los novios a su regreso. Aquella noche, pasada la cena, mi hermana tocaba la guitarra sentada en uno de los sofás del corredor de mi cuarto, y María y yo conversábamos reclinados en el barandal.

—Tienes—me decía,—algo que te molesta, y no puedo adivinar,

—Pero, ¿qué puede ser? ¿No me has visto contento? ¿No he estado como esperabas que estaría al volver a tu lado?

—No; has hecho esfuerzos para mostrarte así; y sin embargo, yo he descubierto lo que nunca en ti: que fingías.

—¿Pero contigo?

—Sí.

—Tienes razón: me veo precisado a vivir fingiendo.

—No, señor, yo no digo que siempre, sino que esta noche.

—Siempre.

—No; ha sido hoy.

—Va para cuatro meses que vivo engañando.

—¿A mí también?... ¿a mí?... ¿engañarme tú a mí?

Y trataba de verme los ojos, para confiarme con ellos lo que temía; mas como yo riese de su afán, dijo como avergonzada de él:

—Explícame eso.

—Si no tiene explicación.

—Por Dios... por lo que más quieras, explícamelo.

—Todo es cierto.

—No es.

—Pero déjame concluir; para vengarme de lo que acabas de pensar, no te lo diré si no me lo ruegas por lo que sabes tú que yo más quiero.

—Yo no sé qué será.

—Pues entonces convéncete de que te he engañado.

—No, no; ya voy a decirte; ¿pero cómo te lo puedo decir?

—Piensa.

—Ya pensé—dijo María, después de un momento de pausa.

—Dí, pues.

—Por lo que quieras más, después de Dios y de ti... que yo deseo que sea a mí.

—No; así no es.

—¿Y cómo entonces? ¡ah! es que lo que dices es cierto.

—Dí de otro modo.

—Voy a ver; mas si no quieres esta vez...

—¿Qué?

—Nada; oye; no me mires.

—No te miro.

Entonces se resolvió a decir en voz muy baja:

—Por María, que te...

—Ama tanto—concluí yo, tomando entre mis manos las suyas, que con su ademán confirmaban su súplica inocente.

—Dime ya—insistió.

—He estado engañándote, porque no me he atrevido en tanto tiempo a confesarte cuánto te amo en realidad.

—¡Más todavía! ¿Y por qué no me lo has dicho?

—Porque he tenido miedo.

—¿Miedo de qué?

—De que tú me ames menos, menos que yo a ti.

—¿Por eso? Entonces el engañado eres tú.

—Si yo hubiera oído...

—¿Y los ojos no dicen esas cosas sin que una quiera?

—¿Lo crees así?

—Porque los tuyos me lo han enseñado.

—Dime ahora la cosa por qué has estado de esa manera esta noche.

—¿Has visto al doctor estos días?

—Sí.

—¿Qué te ha dicho de mí?

—Lo mismo que antes: que no volverás a tener novedad; no hables de eso.

—Una palabra y no más: ¿qué otra cosa ha dicho? El cree que mi enfermedad es la misma de mi madre, y acaso tenga razón.

—Oh, no: nunca lo ha dicho. ¿Y no estás, pues, buena ya?

—Sí, y a pesar de ello, muchas veces... muchas veces he pensado con horror en ese mal. Tengo fe en que Dios me ha oído; le he pedido con tanto fervor que no me vuelva a dar eso...

—Quizás no con tanto como yo.

—Pídele siempre.

—Siempre, María. Mira: si es cierto que hay una causa para que te haya parecido que me esforzaba esta noche por estar sereno; pero ves que me la has hecho olvidar hace largo rato.

Le referí la noticia que habíamos referido hacia dos días.

—Y esa ave negra!—dijo luego que concluí.

Y volvía con terror la vista hacia mi cuarto.

—¿Cómo puedes preocuparte tanto con una casualidad?

—Lo que soñé aquella noche es lo que me preocupa.

—¿Persistes en no contármelo?

—Hoy no; algún día. Conversemos un rato con Emma antes de irte: es tan buena con nosotros...

A la media hora nos separamos, permitiéndonos madrugar mucho para emprender nuestro viaje a la parroquia. Antes de las cinco llamó Juan Ángel a mi puerta. Felipe y él hicieron tal ruido en el corredor arreglando monturas y asegurando

caballos, que antes que lo esperaran acudí en su ayuda. Preparado todo, abrió María la puerta del salón, y presentándome una taza de café, de dos que llevaba Estéfana, me dió los buenos días, llamando en seguida a Felipe para que recibiera la otra.

—Hoy sí—dijo éste sonriendo maliciosamente.—Lo que es el miedo; y el Retinto está furioso.

Ella estaba hechicera, como mis ojos debieron de decirselo: un gracioso sombrero de terciopelo negro, adornado con cintas escocesas abrochadas bajo la barba con otras iguales en el ala, dejaba ver medio oculta una rosa salpicada aún de rocío, que descansaba sobre las gruesas y lucientes trenzas cuyas extremidades ocultaba: arrojaba con una de las manos la falda negra que ceñía bajo un corpiño del mismo color un cinturón azul con broche de brillantes, y una anchurosa capa se le desprendía de los hombros en numerosos pliegues.

—¿En qué caballo quieres ir?—le pregunté.

—En el Retinto.

—Pues eso no puede ser—respondí sorprendido.

—¿Por qué? ¿temes que me bote?

—Por supuesto.

—Si no he montado otra vez en él. ¿Acaso soy como antes? Pregúntale a Emma si no es verdad que soy más valiente que ella. Verás qué mansito es el Retinto conmigo.

—Pero si no admite que se le toque, y habiendo tanto tiempo que no lo montas, puede espantarse con la falda.

—Prometo no mostrarle ni siquiera el fúete.

Felipe, caballero ya en Chivó, que tal era el nombre de su caballito castaño, lo atosigaba con sus espolines nuevos, recorriendo el patio. Mi madre estaba también apercibida para marchar; coloqué en su rosillo predilecto, único que, según ella, no era una fiera. No estaba yo muy tranquilo cuando hice montar en el Retinto a María, que antes de saltar de la gradilla al galápago, acarició el cuello al caballo, inquieto hasta

tonces; éste se quedó inmóvil esperando su carga: mordía el freno, atento al más leve ruido del ropaje.

—¿Ves?—me dijo María, ya sobre el animal,—¿cómo me conoce? Cuando papá lo compró para ti, tenía enferma esta mano, y yo hacía que Juan Angel lo curara bien todas las tardes.

El caballo estornudaba desasosegado otra vez, porque seguramente cogió conduciendo sobre la silla el lío que contenía los vestidos que necesitaban en el pueblo las señoras. La cabalgadura de María, ufana con su peso, parecía querer lucir el paso más blando y airoso; sus crines de azabache temblaban sobre el cuello arqueado, y cayendo por medio de las orejas, breves e inquietas, le brillaban importunos los brillantes ojos. María iba en él con el mismo aire de natural abandono que cuando descansaba en una mullida poltrona. Después de haber andado algunas cuerdas, pareció perder completamente el miedo al caballo, y notando que yo no iba tranquilo por el brio del animal, me decía de modo que mi madre no alcanzase a oírlo:

—Voy a darle un fuetazo, uno sólo.

—Cuidado con hacerlo.

—Es uno solamente, para que veas que nada hace. Tú eres ingrato con el Retinto, pues quieres más a ese rucio en que vas.

—Ahora que te conoce, no será así.

—En ese ibas la noche que fuiste a llamar al doctor.

—¡Ah! sí; es un excelente animal.

—Y después de todo, no lo estimas en lo que merece.

—Tú menos; pues quieres mortificarlo inútilmente.

—Vas a ver que no hace nada.

—Cuidado, cuidado, María. Hazme el favor de darme el fúete.

—Lo dejaremos para después, cuando lleguemos a los llanos.

María.—10

Y refa la zozobra en que con tal amenaza me ponía.

—¿Qué es?—preguntó mi madre, que iba ya a nuestro lado, pues yo había acortado el paso con tal fin.

—Nada, señora—respondió María,—que Efraín va persuadido de que el caballo me va a tirar.

—Pero si tú...—empecé a contestarle.

Pero ella, poniéndose disimuladamente el mango del fuetito sobre los labios en ademán de que callase, me lo entregó en seguida.

—¿Y por qué vas tan valiente hoy—le preguntó mi madre.—La otra vez que montaste en ese caballo, le tuviste miedo.

—Y hubo que cambiártelo—agregó Felipe.

—Ustedes me están haciendo quedar malísimamente—contestó María, mirándome sonrojada,—el señor estaba convencido ya de que no era amazona.

—¿Conque no tienes miedo hoy?—insistió mi madre.

—Sí, tengo—respondióle,—pero no tanto; porque el caballo se ha amansado, y como no hay quien lo regañe si se alborota...

Cuando llegamos a las pampas, el sol, rasgadas las tinieblas que entoldaban las montañas a nuestra espalda, envolvía en resplandores metálicos los bosques que en fajas tortuosas o en grupos aislados interrumpían a distancias la llanura: las líneas de los riachuelos que vadeamos, abrillantadas por aquella luz, corrían a perderse en las sombras, y las lejanas revueltas del Zabaletas parecían de plata líquida orladas por florestas azules.

María dejó entonces caer el velillo sobre su rostro, y a través de la inquieta gasa de color de cielo, buscaba algunas veces mis ojos con los suyos, ante los cuales todo el esplendor de la naturaleza que nos rodeaba, me era casi indiferente. Al internarnos en los grandes bosques, atravesada la llanura, hacía largo rato que María y yo guardábamos silencio; solamente Felipe no había interrumpido su charla, haciendo mil preguntas

mi madre sobre cuanto veía. En un momento en que María estuvo cerca de mí, me dijo:

—¿En qué piensas tanto? Vuelves a estar como anoche, y hace un rato no era así. ¿Es, pues, tan grande esa desgracia que ha sucedido?

—No pensaba en ella; tú me haces olvidarla.

—¿Es tan irremediable esa pérdida?

—Tal vez no. En lo que estaba pensando es en la felicidad de Braulio.

—¿En la de él solamente?

—Me es fácil imaginarme la de Braulio. El va a ser desde ahora completamente dichoso, y yo voy a ausentarme, voy a dejarte por muchos años...

Ella me había escuchado sin mirarme, y levantando al fin los ojos, en los cuales no se había apagado el brillo de felicidad que en aquella mañana los iluminaba, respondió, alzando el velillo:

—Esa pérdida no es, pues, muy grande.

—¿Y por qué insistes en hablar de ella?

—¿No lo adivinas? Solamente he pensado así, y esto me convence de que no debo confiarte mi pensamiento. Prefiero que no estés contento por haberme visto alegre después de lo que me constaste anoche.

—¿Y esa noticia te causó alegría?

—Tristeza cuando me la diste; pero más tarde...

—¿Más tarde, qué?

—Pensé de otro modo.

—Lo cual te hizo pasar de la tristeza a la alegría.

—No tanto; pero...

—Confiérame la verdad.

—¿No digo? Ya sabía que no te podía gustar verme así, y no quiero que me creas capaz de una tontería.

—¿A tí? ¿Y te imaginas que eso puede llegar a suceder?

—¿Por qué no? Yo soy una muchacha capaz como cualquier otra de no ver las cosas serias como deben verse.

—No, tú no eres así.

—Sí, señor, sí, por lo menos hasta que me dis-

culpe. Pero hablemos un rato con mamá, no sea que extrañe que converses mucho conmigo, y mientras tanto, yo me resolveré a contártelo todo.

Así lo hicimos; mas después de un cuarto de hora, mi caballo y el de María volvieron a aparecerse. Salimos de nuevo a la campiña y veíamos blanquear la torrecilla de la parroquia y colorear los techos de las casas en medio de los follajes de los huertos.

—Dí, María—le dije entonces.

—Ya ves que estás deseoso tú mismo de disculparme. ¿Y si el motivo que te voy a decir no fuera suficiente? Mejor hubiera sido no estar contenta; pero como no has querido enseñarme a fingir...

—¿Cómo enseñarte lo que sé?

—¡Qué buena memoria! ¿Has olvidado lo que me decías anoche? Voy a aprovecharme de esa lección.

—¿Desde hoy?

—Desde ahora, no—respondió sonriendo, de la misma gravedad que trataba de aparentar.—Oye, pues: yo no he podido prescindir de estar contenta hoy, porque luego que nos separamos anoche, pensé que de esta pérdida sufrida por papá puede resultar... ¿qué pensaría él de mí si supiera esto?

—Explicáte, y yo te diré qué pensaría.

—Si esa suma que se ha perdido es tan importante—se resolvió a decirme entonces, peinando al mismo tiempo con el mango del fuste las crines del caballo,—papá necesitará más de ti... ¿consentirá que le ayudes desde ahora.

—Sí—respondí dominado por su mirada tímida y anhelosa al confesarme lo que tanto recelaba que la pudiera mostrar culpable.

—¿Conque es verdad que sí?

—Relevaré a mi padre de la promesa que me tiene hecha de enviarme a Europa a terminar mis estudios; le prometeré luchar a su lado hasta el fin por salvar su crédito; y consentirá; debe con-

sentir... Así no nos separaremos tú y yo nunca... no nos separarán, y entonces pronto...

Sin levantar los ojos, me significó que sí, al través de su velillo, con el cual jugaba la brisa; su pudor era el pudor de un ángel. Cuando hubimos llegado al pueblo, vino Braulio a saludarnos y a decirnos que el cura nos estaba esperando. Mi madre y María se habían cambiado los vestidos y salimos. El anciano cura, al vernos acercar a su casita, situada al lado de la iglesia, nos salió al encuentro, invitándonos a almorzar con él, de lo cual nos excusamos cuan finamente pudimos. Al empezarse la ceremonia, el rostro de Braulio, aunque un tanto pálido, denunciaba su felicidad. Tránsito miraba tenazmente al suelo, y contestó con voz alterada al llegarle el turno. José, colocado al lado del cura, empujaba con la mano poco firme uno de los cirios; sus ojos, que pasaban constantemente del rostro del sacerdote al de su hija, si no podía decir que estaban llorosos, sí que habían llorado. A tiempo que el ministro bendecía las manos enlazadas de los novios, Tránsito se atrevió a mirar a su marido: en aquella mirada había amor, humildad e inocencia; era la promesa única que podía hacer al hombre que amaba, después de la que acababa de pronunciar ante Dios. Oímos todos la misa, y al salir de la iglesia nos dijo Braulio que, mientras montábamos, saldrían ellos del pueblo; pero que los alcanzaríamos no muy lejos. A la media hora, dimos alcance a la linda pareja y a José, con los regalos para el cura y legumbres para el mercado y la ropa de gala de los muchachos. Tránsito iba con su vestido de domingo; el de novia no le sentaba mejor: sombrerito de jipijapa por debajo del cual cafan las trenzas sobre el pañolón negro de guarda morada; falda de zaraza rosada con muchos boleros y ligeramente recogida para librarla del rocío de los gramales, dejaba ver a veces sus lindos pies, del embozo, al descuidarse, la camisa blanca bordada de seda negra y lacre. Acortamos todos

el paso para ir con ella un rato y esperar a mi madre. Tránsito iba al lado de María, quitándole del faldón las pelusas que había recogido en los pajonales; hablaba poco, y en su porte y rostro se descubría un conjunto tal de modestia, reconocimiento y placer, que es difícil imaginar. Al despedirnos de ellos prometiéndoles ir aquella tarde a la montaña, Tránsito sonrió a María con dulzura fraternal; ésta retuvo entre las suyas la mano que le ofrecía tímidamente su ahijada, diciéndole:

—Me dá mucha pena pensar que vas a hacer todo el camino a pie.

—¿Por qué, señorita?

—¿Señorita?

—Madrina, ¿no?

—Sí, sí.

—Bueno. Nos iremos poco a poco; ¿verdad?— dijo dirigiéndose a los montañeses.

—Sí—respondió Braulio,—y si no te avergüenzas hoy también de apoyarte en mí para subir los repechos, no llegarás tan cansada.

Mi madre, que con Felipe nos dió alcance en aquel momento, instó a José para que al día siguiente llevase la familia a comer con nosotros, y él quedó comprometido a empeñarse para que así fuese.

La conversación se hizo general durante el regreso, lo que María y yo procuramos para que se distrajese mi madre, la cual se quejaba de cansancio, como siempre que iba a caballo. Solamente al acercarnos a la casa, me dijo María en voz que sólo yo podía oír:

—¿Vas a decir hoy eso a papá?

—Sí.

—No se lo digas hoy.

—¿Por qué?

—Porque no.

—¿Cuándo quieres que se lo diga?

—Si pasados estos ocho días, no te habla del viaje, busca ocasión para decírselo. ¿Y sabes cuándo será la mejor? Un día, después que hayáis tra-

bajado mucho juntos; se le conoce entonces que está muy agradecido por lo que le ayudas.

—Pero mientras tanto no podré soportar la impaciencia en que me tendrá el no saber si acepta.

—¿Y si él no conviene?

—¿Lo temes?

—Sí.

—¿Y qué haremos entonces?

—Tú obedecerle.

—¿Y tú?

—¡Ay! ¡quién sabe!

—Debo creer que aceptará, María.

—Así será, porque si me engañara, ese engaño me haría un mal muy grande. Hazlo todo como te lo digo, y saldrá todo bien.

XXXVI

Habíamos llegado. Extrañé ver cerradas las ventanas del aposento de mi madre. La había apeado a ella y estaba bajando a María a tiempo que Eloísa salió a recibirnos, haciendo señas de que no hiciésemos ruido.

—Papá—dijo,—se ha vuelto a acostar, porque está enfermo.

Solamente María y yo podíamos suponer la causa, y nuestras miradas se encontraron para decírsela. Ella y mi madre entraron al instante a ver a mi padre: yo las seguí. Como él conoció que nos habíamos alarmado, nos dijo con voz balbuciente por el acceso del frío:

—No es nada; tal vez me levanté sin precaución, y me he resfriado.

Tenía las manos y los pies yertos, y calenturienta la frente. A la media hora, María y mi madre se hallaban ya en traje de casa. Se sirvió el almuerzo, pero ellas no asistieron al comedor. Al levantarme de la mesa, llegó Emma a decirme que mi padre me llamaba. La fiebre había tomado incremento. María estaba en pie y recos-